

Sara Jarpa Gana de Laso

El conde de Fersen y su amor ideal por María Antonieta



L espíritu humano se inclina siempre a condenar las debilidades del mundo y raramente a disculparlas. Sin embargo, en el caso del conde de Fersen y la reina de Francia, aparecen numerosos escritores que atestiguan la inocencia en esa atormentada amistad. Pero... los pensamientos son insofrenables por llegar a las mentes sin previo consentimiento de quien los recibe. La iglesia aconseja rechazarlos, pues "si se les acaricia, se caerá en pecado". Muchos serán los que están en culpa por esta causa.

Y aunque es tan difícil establecer la verdad histórica, trataremos con nuestros medios de disipar las sospechas malsanas recogiendo algunas opiniones insospechables.

* * *

Ante todo haremos una somera reseña del "hermoso Fersen" desde su infancia en Suecia.

Juan Axel, hijo primogénito del poderoso millonario y mariscal Federico Axel de Fersen y de Eduvigis Catalina de la Gardie, distinguida dama de radiante belleza, llegó a la vida en Stockolmo el 4 de septiembre de 1755.

Dos meses justos más tarde, nacería en Viena, la princesa María Antonieta de Absbourg destinada a ser en el porvenir una reina de Francia.

El cura párroco de Stockolmo fué quien administró el sacramento del bautismo al rubio primoroso del hogar de los de Fersen, del que su ama de leche decía de continuo: "Será un mozarrón alto, que llamará la atención general".

De carácter apacible, reflejado en sus grandes ojos de color azul acero, creció en el palacio de Blasieholmen.

Su propio padre tomó a su cargo la educación del niño, al que dió casi todo su afecto paterno.

Las amistades eran severamente vigiladas. El príncipe heredero se contaba entre sus mejores compañeros, pues el rey distinguía y consultaba para negocios de gobierno al mariscal de Fersen por su alta cultura y preparación, llegando en muchos casos a obedecer sus consejos, y en otros excepcionales, a solicitarle empréstitos para cubrir los gastos de emergencia del país.

La reina y sus hijas se reunían a trabajar en labores de mano, con la condesa de Fersen y sus niñas. La hermosa Ulla y el heredero se comprendían... mas, "por razones de Estado", el príncipe hubo de unirse en matrimonio con una princesa de Dinamarca.

Axel era un romántico, un sentimental y lo probó más tarde. A los catorce años se le veía largas horas a orillas del río Morrs-töm, mirando tristemente el curso de las aguas.

No le interesaban las reuniones de sus primas hermanas, donde también acudía la princesa heredera. Esta, reservadamente, confió a Sofía de Fersen, que a su pensamiento íntimo, lo sorprendía constantemente fijo en Axel. Al saberlo, el muchacho guardó silencio discreto. Le parecían superficiales las jóvenes de su medio social. En una ocasión, las oyó comentar el matrimonio de la princesa austríaca con el delfín de Francia, Luis XVI. Lo único que concedían a María Antonieta era "la juventud y un cutis aterciopelado". Se

fastidió. ¿Lo unía ya un secreto lazo espiritual con la niña vienesa?

El señor de Fersen, hombre talentoso, de experiencia, inspiraba a su hijo confianza y respeto.

¡Armonía ideal para un jefe de familia!

Cierta vez, conversaba el mariscal en su sala-escritorio, con un amigo de más edad que él. Fuerte, dominante era el tono de su voz —consecuencia, tal vez, del hábito de mando—. El otro señor le respondía tímidamente, tal que un acusado ante el juez, lo que hirió la susceptibilidad de Axel, quien escuchaba algo retirado, sin tomar parte en la escena.

Al quedar solos tuvo hombría suficiente para reprocharle a su padre, con toda delicadeza, la actitud de superioridad para con el amigo.

El senador, sonriendo, aceptó complacido la reconvención de su alumno.

Cuando Axel llegó a los quince años, siguiendo la costumbre de los gentiles hombres de Suecia y terminados los estudios humanísticos, resolvió el señor de Fersen enviarlo a perfeccionar su educación a Suiza, Italia, Francia e Inglaterra, acompañado de un profesor, filósofo, llamado Belermany. Cifraba grandes esperanzas en los servicios que su descendiente prestaría más tarde al país sueco.

Axel no reflexionó, obedeció.

Su amigo, el príncipe heredero, miró de soslayo este viaje, quizás con ribetes de envidia.

El mariscal quiso arrancarlo también lo antes posible del ambiente superficial que existía en aquella época en Stockolmo, en la corte y en la alta sociedad.

¿Será mal de todas las épocas?

* * *

Axel se mostraba sereno en el momento de la despedida de los suyos. El mariscal le expresó:

—Sé juicioso, hijo mío, sin embargo, debo advertirte que observes mucho y saques la mayor experiencia de tu viaje. Aprovecha el tiempo y no des tu amistad al primero que se cruce en tu camino . . .

Le dió luego un fuerte apretón de manos.

La madre, como todas las madres, se abrazó al "niño" llorando desconsolada. La ausencia duraría años.

Las hermanas se manifestaron tristes y sólo fué Sofía —su predilecta— quien lo besó en las mejillas y le rogó escribirle en algún momento vacío. Ella repasaría en su memoria las bellas horas en que, paseando por el parque, su hermano querido le confiaba sus ensueños . . .

Partieron con el maestro por tierra sueca, cruzaron Maaland, dejaron Löfstand. El joven notó su mente despejada solamente cuando se embarcaron en un velero, allá, en Helsing. Las olas del mar del norte los empujaban hacia Oresend. Al arribar a Elsingoer tuvieron el agrado de conversar con el cónsul sueco que los esperaba.

Axel miró en su imaginación y no muy lejos, en medio de oscura niebla, vió el castillo de Löfstand con las caballerizas y el estanque rodeado de abedules. Su corazón se oprimió; pero, íntimamente, se alegró de ser ya un hombre, de haber dejado la adolescencia, y sentirse dueño de su voluntad, aunque algo lo cohibía la presencia del filósofo Belermany.

* * *

Por encargo de su padre, debía llevar un diario de vida: anotar su conducta frente a lo nuevo, frente a sí mismo. Por naturaleza era reservado, vivía mucho en su interior. Comprendía también que, como joven noble no podía cometer torpezas. Sabía que el mundo es un instituto de experiencia.

En Luxembourg estuvieron de paso. En Brunswick asistiría a la Academia de Ciencias. El horario era severo: levantada a las 6 de la mañana, baño, desayuno; a las 7, alemán e historia; a las 10 horas,

álgebra y astronomía; 12 M., almuerzo; a las 14 horas, otras asignaturas; a las 15 horas, música; a las 16 horas, esgrima; a las 17 horas, paseo al aire libre con lectura; a las 20 horas, cena; a las 22 horas, cama. Los domingos visita a la corte ducal y una hora de danza, organizada por las damas del pueblo. Se encantaba con la variedad de su vida. Había sacudido su espíritu del ambiente monótono que dominaba en su país y del aire infantil con que era mirado en el hogar, especialmente en las veladas de familia.

* * *

Sorpresa fué para Axel, la llegada a Brunswick del heredero del trono de Suecia. Se abrazaron como buenos amigos. Gustavo III iba a París. "Llevaba regalos a la Du Barry. Un collar... mas no para ella, sino para su perro..."

A poco regresó el compañero. En su viaje de ida era el príncipe heredero. Al regreso era ya el rey. ¿Por qué? Porque Adolfo Federico de Suecia acababa de morir repentinamente. Se pensó en un envenenamiento y no era cierto. Murió por "glotón". Así lo dice la historia. Exigió demasiado a su débil estómago. Le dió de golpe en el almuerzo: 6 panecillos calientes, dos docenas de ostras, coles, carnes asadas y otras golosinas...

El mariscal, barón de Fersen, su gran amigo, lo sostuvo en sus brazos en los últimos momentos de su vida.

Para Axel era muy desagradable volver a Stockolmo para asistir a los funerales del soberano. Suerte que su padre lo liberó de ello.

Al terminar el "curso de estudio", contaba ya 16 años. Siguieron viaje a Strasbourg. Visitaron museos. De allí a Suiza. Vió a las jóvenes ir de paseo solas o acompañadas de muchachos, lo cual chocó con sus costumbres puritanas y no deseó esto para Suecia, país de gentes laboriosas y de moralidad ejemplarizadoras.

Como formara parte de la cultura general del joven visitar, además, de las casas reinantes, a los grandes hombres, el profesor Beler-

many le propuso alcanzar a Ferney a presentar sus saludos a Voltaire. Entraba ello también en el programa paterno, porque el gran filósofo francés era admirador de Suecia y de su rey. Quedaron muy contentos de la amable acogida que les dispensó.

Continuaron camino a Italia. Subir y subir a lomo de mula. Al sentir perfume a pinos y abetos en los Alpes, exclamó, emocionalmente: "¡Olor a Suecia!" Y su corazón palpitó de amor patrio.

"¡Qué cielo tan hermoso, tan azul!", escribe en su diario.

En Florencia lo esperaban cartas de su hermana Sofía, contándole las intimidades familiares, y de su padre, orientándolo sobre la política sueca: Gustavo III era enérgico, respetaba al pueblo, a su religión y a su aguardiente. Se hacía querer.

Por su parte, el señor de Fersen, resolvía retirarse de toda actividad e irse a sus propiedades campestres a descansar.

Ordenaba a su hijo que ya, con buen bagaje de conocimientos y 17 años, era preciso ir a París y a Londres.

El hijo desobedeció por vez primera y siguió en Turín y Florencia. Allí estudiaba gustoso y sacaba gran provecho. Admiraba a las florentinas, pero mirándolas como obras de arte...

El maestro lo invitó a Nápoles. "El Vesubio, Pompeya, me produjeron admiración y novedad".

El barón de Breteuil dió un baile en su palacio de Nápoles en honor del hijo de su amigo, el mariscal. Axel no se sintió atraído hacia la baronesita.

Le molestó en sumo grado oír hablar mal de la Du Barry y criticar la esterilidad de la reina María Antonieta por causa de Luis XVI. Pensó que esos no eran temas para ser tratados en un salón de la nobleza. Se retiró temprano a su hotel.

Hizo estudios en Turín, Florencia, Roma, Milán, etc., es decir, en toda Italia.

* * *

Para un joven de 19 años, París es el centro de atracción mayor del mundo. Pero Axel iba a Francia para instruirse, no para dis-

traerse. Se sintió cómodo en París, donde hizo cursos superiores en institutos y escuelas, socorrido con el idioma el que, al igual que el inglés y el alemán, los dominaba perfectamente. Resultó aprobado.

Fersen era un joven alto, delgado. No muy expresivo en el decir, nada espectacular. Resaltaba su buen criterio. Reservado con las mujeres, circunspecto con los hombres. Serio sin llegar a la tristeza. Su conjunto convenía a un héroe de novela, "pero no francesa, pues carecía del relumbrón". Este juicio corresponde al duque de Levis.

El embajador de Suecia envió al rey Gustavo III una nota de carácter reservado, entre otros puntos, anotaba:

"El conde de Fersen ha estado acá y recientemente parte a Londres. De todos los compatriotas que han pasado por París, en mi tiempo, es éste el que ha sido mejor acogido en el gran mundo y extremadamente bien tratado por la familia real. No es posible tener una conducta más correcta que la observada por este distinguido mozo. En sociedad ha tenido éxito completo, y así debía ser. Estará contento Vuestra Majestad, de que el señor Fersen, vuestro amigo, piense con nobleza y elevación singulares".

Su discreción y cortesía rara en ese ambiente, a pesar de lo distinguido, le dieron en la corte de Versalles una fisonomía original. La reina poco habituada a encontrar a su alrededor personas dueñas de semejantes virtudes, le manifestó su preferencia, en igual forma que el rey. Axel de Fersen no se envaneció por ello, al contrario, trató de hacerse merecedor de tales atenciones.

Con fineza se evadía de los hermanos Polignac, los cuales hacían esfuerzos por atraerlo, y con mal espíritu, pues llegaron a decir que María Antonieta había recitado una poesía en honor del conde. A pesar de su tacto y de la medida de las conveniencias no logró impedir la calumnia. Se murmuró, después de un baile de máscaras con fines caritativos, que la propia reina disfrazada de pastora había solicitado un baile "al hermoso Fersen", vestido de florentino.

Y ¿sería de extrañar que una joven de 19 años, desgraciada en su matrimonio, hubiese olvidado momentáneamente su alto rango y se hubiera conducido como una chica corriente?

Quizás. Puede que el entusiasmo que estalla en los bailes de disfraces, donde una verdadera corriente eléctrica produce artificial alegría, la impulsara en esos momentos.

Triste sorpresa fué para Axel cuando, al día siguiente de la fiesta, su profesor le dió a leer un panfleto en el cual se criticaba acremente a la reina por su ligera actitud.

Con objeto de no perjudicar a la noble dama, a la que admiraba en gran reserva, obligando a su corazón a sofocar su sentir, salió calladamente para Stockolmo a visitar a su familia.



Sofía recibió sus confidencias con profundo interés y comprendió, en seguida, que su querido hermano estaba cogido por vez primera en las más puras redes amorosas.

Con perspicacia femenina, comprendió a la vez que era correspondido en igual forma por María Antonieta. Lo consoló entonces de su amor imposible. Sus afectos debían ser enteramente elevados. Debía dominar en él, un espíritu de sacrificio para evitar sospechas.

Ante las reflexiones de Sofía, Axel le aseguró que el egoísmo y la fatuidad no encontraban sitio en su ser. Sin embargo, se preguntaba: "—¿Cómo es posible el no darme cuenta que era Ella quien bailó conmigo? No me lo dió a conocer. Es muy discreta, de nobles principios religiosos y apagará esta sorpresiva pasión. Igual cosa debo hacer yo. El sufrimiento nos fortificará". Pero la hermana pensó, no era un relámpago de pasión...

Tales eran los sentimientos de un hombre de sólo 20 años de edad.

Durante los meses pasados en su tierra, reflexionó seriamente y tomó su resolución.

Pidió al rey Gustavo lo autorizara para ir como soldado sueco a luchar por la independencia de América del Norte.

El permiso le fué concedido. Al volver a París solicitó al gobierno francés le permitiera enrolarse de voluntario en las filas del ejército, permiso que le fué otorgado en seguida. Muchos jóvenes de la mejor sociedad iban también a correr una aventura.

La reina, que no se apartaba de la moral, inculcada desde la cuna por su madre, María Teresa de Austria, había adivinado la abnegación y grandeza de alma de su joven amigo y quería creer que su propio interés por él se reducía a mera simpatía. Mas, al conocer la resolución de Axel: partir, alejarse de Francia, se emocionó vivamente.

Es, tal vez, el momento psicológico en el cual la mujer conoce su estado de alma...

El embajador de Suecia, conde de Creutz, consideraba pura y exenta de todo reproche la conducta de María Antonieta, y escribía al rey, en el año 1779, diciéndole que "la actitud de Fersen era admirable, por su reserva y modestia".

En verdad, era de extrañar tal decisión. Ir a combatir a la América, por apartar la maledicencia en contra de la soberana.

Puede considerarse excepcional su conducta que estaba por sobre su juventud.

El señor de Creutz dice en otra carta: "El día anterior a la partida de los guerreros, en la hora de reunión en palacio, la reina no podía quitarle los ojos de encima al conde de Fersen y ellos estaban llenos de lágrimas".

El poeta dice: "Le coeur a de raisons que la raison ne comprend pas".

Suplicaba el diplomático al rey guardar secreto, tanto por la reina como por el mariscal de Fersen, quien estaba ignorante de los sentimientos amorosos de Axel y, además, no compartía la idea de su hijo de ir a la guerra de la independencia de Norteamérica. Ami-

go leal de las monarquías, estaba con Inglaterra en su derecho de coloniaje.

En la hora de las despedidas, nadie leyó en los semblantes de ambos jóvenes, los sentimientos ocultos. Hilos invisibles unían sus almas. Los favoritos de la corte estaban —sin duda— al acecho y contentos de quedar en campo libre. La duquesa de Fitz-James provocó a Axel al decirle:

—¡Vaya, conde de Fersen! ¿Y usted abandona así no más su conquista?

—Si alguna tuviera, duquesa, no la abandonaría. Parto libre, sin dejar amargura por mi ausencia —respondióle cortés, pero secamente.

* * *

Conoció Axel las dificultades y privaciones que se sufren en la guerra. Estaba en Newport y miraba con angustia los escasos barcos que llegaban de Europa. Pasaban hasta tres meses sin recibir ni un periódico, ni una carta. Sólo las de Sofía solían perseguirlo con sus noticias de la patria. Ella, su hermana más querida, le contaba que, cubierta de tules, asistía a bailes. En otra: se casaba con un señor Piper. Lo quería, sería feliz. Mucho lo extrañaba a él.

En pensamiento asistía Axel a las fiestas familiares, pero sólo eran escapadas... porque ese pensamiento estaba anclado en Versalles...

En muchas ocasiones se vió obligado a defender a la reina de los malvados comentarios que hacían de ella los compañeros de arma franceses, en especial Lauzún, noble desairado por la reina: era "una extranjera", "era la austríaca". La difamaba suponiéndole relaciones con el conde d'Artois. No tomaba en consideración la bondad, la belleza, el talento de María Antonieta y el haberse asimilado con toda su alma a Francia.

Corridos dos años en América, donde simpatizaba con la gente del país y encontró hogares amables en que se le recibía como amigo, supo Axel que María Antonieta había dado a luz al príncipe heredero. Se alegró. Ya no la censurarían.

Pero ella, que después de siete años de casada... soñaba con un hijo, que jugaba con los de la camarera y los peinaba y vestía a su gusto, quizás no pudo sentirse plenamente madre. ¡Ah! ¡Si hubiese sido la esposa del conde Axel de Fersen! Pues Luis XVI no era un hombre dotado para ilusionar a una joven como María Antonieta, a más de ser un marido impuesto por la política, era amorfo, era como un objeto, sin alma, sin sensibilidad, algo indeterminado y, sin embargo... era bueno.

La reina se informaba a menudo de la suerte que corrían los extranjeros en la guerra de América. Los sabía con vida y eso la consolaba.

Cuando el conde de Lauzún hizo un viaje a París lo confundió a preguntas discretas sobre los combates, los peligros, las penurias que pasaban en esas lejanas tierras.

Penetrando el pensamiento de ella, Lauzún le contó que "el hermoso sueco" era un valiente oficial, sobresalía en los encuentros con los ingleses; que había dormido en el suelo a orillas del río Hudson, que una bala enemiga mató su cabalgadura, pero él salvó ileso. La reina se volvió lívida. Lauzún contó que por la conducta brillante de Fersen, había sido nombrado ayudante de campo del general Rochambeau y... "piensa en V. Majestad".

—¿Qué os induce a hablar de esa forma? —interrogó azorada.

—Lo ponemos a prueba. Se exalta defendiendo vuestras virtudes.

La reina cambió de tema; pero esto le bastó para alimentar su inocente pasión.

¡Un año más! ¿pasaría lento para ella? Una hijita llegó a distraer sus horas. Ya eran dos niños, luego llegaría otro varón. Su es-

píritu parecía ausente y aunque hacían teatro y se bailaba mucho en sociedad y en palacio, la joven se notaba triste.

¿Cuándo regresarían los viajeros?

Axel fué condecorado en Wáshington con medalla de la Orden Cincinatus. Su padre le aconsejaría más tarde no usarla. Se sabe que no aceptaba la rebelión contra Inglaterra.

En 1783 regresan los franceses. El barco "Boulogne" se hundió, pero los 400 hombres de tropa franceses y los oficiales se salvaron. La reina al saberlo se inquietó.

* * *

¡París! ¡París! Una pesadilla lo pasado. Axel comprendió la situación real. Luis XV, el abuelo de Luis XVI, había dejado, puede decirse, armada la revolución francesa con su inmoralidad y su egoísmo. Siempre repetía: "Después de mí, el diluvio". Y su nieto y María Antonieta verían la toma de la Bastilla y pagarían con sus cabezas la caída de la monarquía. Pero esto último todavía estaba en el misterio.

El rey recibió cariñosa nota de Gustavo III, en la cual pedía a su "señor hermano y primo" el mando de un regimiento para el conde de Fersen, quien había prestado tan valiosos servicios a Francia, en América. Le hacía ver que era muy buen conductor de hombres y muy querido del pueblo sueco y de su rey.

Llegó esta nota en el momento en que el conde era invitado de continuo a Versalles. Su estado sentimental por María Antonieta, parece no lo traslucía sino ella... Sus entrevistas eran a la luz del mundo. Pero ambos se veían, se hablaban, se comprendían. ¿Sería una amistad amorosa? ¿Se sospechaba algo? Era entonces cuando creía Fersen discreto viajar a Stockolmo.

Con él mismo envió María Antonieta la respuesta a Gustavo III, en carta del 19 de septiembre de 1783. Empezaba cariñosamente: "Muy apreciado hermano y primo" y continuaba diciéndole que

aprovechaba el viaje del conde de Fersen para renovar los sentimientos que unían a ambos reyes y agregarle que el pedido que había hecho a Luis XVI, su esposo, había sido acogido con toda benevolencia por venir de S. M. "en favor de tan buena persona".

"Los servicios de su padre y la reputación que se granjeó aquí han sido renovadas por su hijo, quien se ha distinguido en la guerra de América. Y por su buen carácter y cualidades, ha merecido el afecto de quienes lo conocen. De parte del rey os aseguro que no tardará mucho en dársele mando de regimiento".

Axel entregó esta carta a su amigo, el soberano, y le consultó su parecer para organizar un regimiento en Francia que fuese llamado "Royal Suedois" y fuese financiado con fondos suecos. A lo que Gustavo III, aterrado, respondió que le halagaba muchísimo la idea, pero... el dinero debía pedirlo al mariscal de Fersen. Así debió hacerse.

El padre se alarmó también como el rey, y tuvo un altercado con su hijo, por interesarse tanto más por Francia que por su tierra natal. Mas, por no contrariar "al coronel", le concedió las cien mil libras esterlinas que le solicitó. Se lo agradeció vivamente y a su regreso a París, Axel tuvo un gran trabajo para realizar su deseo. Fué un lujo para su país, presentar una tropa, oficialidad y caballada escogida, en un regimiento que llevaba el nombre de Suecia.

Su coronel trabajaba con delirante entusiasmo.

Los reyes presenciaron la primera revista, felicitando sinceramente a su organizador. María Antonieta preparó un baile en Triamón para festejar a Gustavo III que vendría a París y, a la vez, para agradecerle la fundación del regimiento sueco.

Luis XVI invitaba con preferencia al comandante a palacio y, con su bonhomía habitual, salía de caza o formaba una mesa de billar, como algo estudiado, dejando el camino libre a su mujer y a Axel quienes cambiaban ideas y pensamientos. También se hablaba de política, por la cual sentía aversión la reina. Mas, se vió obligada a comprenderla.

Se dice que en estas entrevistas jamás dejaban de estar presentes algunas de las damas de honor y varias de ellas lo han confirmado.

El escritor Félix Moeschlin es el único que dice: "visitaba a su amante". Sin embargo, podría tomarse con buen espíritu el vocablo.

En cambio, Mr. Leffroy, en su obra *Gustavo III y la corte de Francia*, hace notar la inocencia de la correspondencia y el respeto del conde de Fersen para con su soberana.

El embajador de Suecia aseguraba encontrar una admiración pura de su compatriota hacia la reina. Y condena como injustos los panfletos calumniosos de la revolución.

Y agréguese a esto lo asegurado por el conde Mercy Argenteau, especie de dragón austríaco cerca de la reina, para que ella desempeñase victoriosamente su papel en Francia: "jamás he notado motivo alguno de crítica en la amistad del conde de Fersen para con su Majestad María Antonieta".

El señor de Creutz cuenta que Axel reclamaba la pérdida de una carta suya para Sofía.

—¿Muy importante, dice?

—Sí, señor, hago a mi hermana el encargo de tres docenas de guantes de piel de Suecia, para señora, y va uno de muestra, como medida.

—¡Ah, qué galantería! pensar en guantes en un momento tan delicado —dijo el embajador. Axel no contó que iba también en la carta un rizo de *la dama* que deseaba ser amiga de Sofía.

* * *

Cuando Gustavo III de Suecia llegó a París para hacer interesada visita, se verificó en Trianón una recepción suntuosa. Madame Stael, esposa del embajador de Stockolmo, hacía bromas de doble filo al conde de Fersen, a las que él respondía con ingenio, para desconcertar a la fina escritora.

Axel escribe a su hermana Sofía:

“La fiesta que la reina ha organizado en honor a nuestro rey, fué de la más grande magnificencia que he visto jamás. No concibo la posibilidad de ver, durante el resto de mi vida, algo más hermoso. Hubiera estado usted encantada, batiendo palmas, si juntos hubiéramos presenciado cuando el templo del amor se levantó de pronto en la obscuridad, como iluminado por una inmensa hoguera; representación visible del pensamiento más elevado que nos...”
¿Silenció la palabra *une*? Luego lamenta tener que alternar con madame Stael. (Hace recordar que a Napoleón I le ocurrió lo mismo, años más tarde).

El rey Gustavo III, dirigiéndose al ex embajador Creutz, le participaba que la fiesta había sido un perfecto encantamiento. Que la reina, vestida de tul blanco, paseaba por los jardines rodeada de cientos de jóvenes vestidas también de blanco. Todo aquello con juegos de luces en los árboles, hacía un espectáculo grandioso representado “en mi honor —según me aseguró la reina—, aunque yo me atrevo a suponer que esto no me pertenece a mí, sino a otro sueco”. Pero el rey Gustavo III no se ofendía por esa “mentirita”.

Y el rey Luis XVI no se daba cuenta, o bien, su debilidad de carácter lo obligaba a disimular. Lo primordial para el visitante era conseguir un empréstito con facilidades de pago. Doce barcos, miles de hombres de guerra para un caso dado, algo en dinero sonante, y todo ese trabajo lo hizo con éxito.

El conde de Fersen quiso después trasladar al papel sus impresiones de las que su espíritu estaba lleno, comunicárselas a Sofía, pero le fué difícil. Se tendió en un diván y con los ojos entornados, como en ensueño, volvió a ver su paseo por los jardines de Trianón acompañado de María Antonieta y, por vez primera, sin testigos de las palabras que se cambiaban entre ellos. En sus oídos resonaba la melodiosa voz de la mujer querida, tal que un arrullo amoroso, cuando quedamente lo llamó:

—¡Axel! ¡Axel único! —y se oyó el rumor de un beso. Su impresión íntima no era posible describirla. Sofía era la sola persona de-

positaria de sus sentimientos, la que veía en su corazón a través de un límpido cristal.

Se iría a Suecia con el rey. Y así lo hizo.

* * *

Se sintió feliz en su hogar. Le parecía revivir sus primeros años.

Sofía recibió como un aluvión las emociones que encerraba celosamente en su alma el buen hermano. Lo escuchó con tristeza. ¿Qué podía hacer por él? Pero Axel se sintió aliviado espiritualmente, después de abrir a alguien las válvulas de seguridad de su amor ideal.

Visitó el castillo Drottningholm. Con agrado fué a ver a su padre, que ya estaba viudo, a Living y al castillo de Gripsholm a orillas del lago Maclar. Había sido generoso al financiar su regimiento en Francia. Le estaba muy agradecido. En ese entonces Axel era ya un hombre de experiencia: reía, bailaba, hacía bromas a las damas; mas a pesar de los razonamientos del mariscal no aceptó permanecer en su tierra. La faltaría el aire de París.

Se le hizo ver que era hora de casarse. Lo sabía muy bien. Había cumplido treinta años. El ex embajador, conde de Creutz, le aconsejó fijarse en las insinuaciones marcadas y en la fortuna de Miss Necker. Axel le prometió cortejarla a su regreso a Francia. Pensó que ello serviría para salvar el honor de la reina. Y ocurrió lo que en algunas ocasiones suele pasar. Otro pretendiente apareció interesado en serio y se casó pronto con la colorina señorita Necker.

Fersen quedó en libertad para pensar en su regimiento y en su romántico amor.

En las memorias del príncipe de Ligne, militar enamorado de su carrera, hombre de mundo, de atrayente figura, conocedor de los más ocultos secretos de los elegantes, escritor de nota, dice que jamás recibió él una atención especial de María Antonieta y que

se complace en defenderla de los malévolos rumores referentes al conde de Fersen.

Todavía el conde Ouvaroff se expresa con afecto del noble sueco y declaraba que, a su juicio, existía perfecta familiaridad entre la reina y el coronel, sin dar motivo alguno para dudar de su corrección y concebir sospechas.

¿Puede decirse que Axel ordenaba a sus sentidos callarse o que llevaba su veneración generosa ante esta mujer de selección hasta el sacrificio?

Sus actitudes fueron siempre irreprochables.

* * *

El tiempo había corrido desbocado y divisábase ya el terrible desenlace de la revolución.

La situación de los reyes se hacía cada día más delicada. Austria se manifestó indolente. Los odios se habían concentrado en "la austríaca". La madre y el hermano José II habían muerto. María Antonieta estaba sin amparo.

Axel pidió a su país intervenir con la embajada vienesa. No hubo interés por ayudar a Luis XVI y a la compatriota.

La desgracia de la reina conmovía al conde de Fersen y fué en el momento del peligro cuando se manifestó más valiente, al extremo de despreciar su propia vida.

Fué heroico cuando, disfrazado de cochero, atravesó París, rompiendo obstáculos de toda naturaleza y condujo a la familia real en su huída a la frontera, para poder salvar sus existencias.

Este sacrificio lo hacía el conde por su fidelidad hacia la soberana.

¿Era ella responsable de inspirar tal atracción? Se la habían manifestado desde el viejo rey Luis XV, su abuelo político, hasta Mirabeau. Beranave llegó a decirle:

—Señora, estoy expuesto a pagar con mi cabeza el interés

que vuestras desgracias me merecen y los servicios que he querido prestaros. Como recompensa pido el honor de besar vuestra mano.

No fué coqueta ¡quizás cuánto le hubiese servido poseer ese defecto femenino!

Como se sabe, en el camino se quebró una rueda y ello dió motivo a una pérdida de tiempo por lo cual el escuadrón que los esperaba se retiró. En Varennes fué reconocido el rey, tomados todos prisioneros y devueltos a París para encerrarlos en la prisión del Temple.

En el momento de la captura, el conde de Fersen no acompañaba a la comitiva oficial, porque Luis XVI, medio hora antes de llegar a Varennes, le agradeció "sus valiosos servicios" y le rogó irse a caballo por diferente ruta. ¿Celos tardíos? ¿Su destino?

Al saber Fersen la desgracia, ensombrecido, llorando de impotencia, pensaba que él los habría salvado, rodeándolos de guardias; no hubiere permitido al rey bajar del carruaje; habría enviado tropa a resguardar el camino, mas, desgraciadamente, el hecho estaba consumado.

* * *

El amigo extranjero iba con frecuencia a visitar a los reyes a la prisión y a llevarles sus palabras de consuelo. Pero cuando ya la vigilancia se hizo cada vez más estrecha, María Antonieta suplicó a Axel ausentarse de París, porque su vida corría peligro, al saberlo tan adicto a los prisioneros.

Se resistió el conde; pero al fin se decidió a irse acompañado de su fiel ordenanza, Jacobo Bauer.

La despedida fué triste, tierna. No volvería a ver jamás a María Antonieta. Salió de la prisión del Temple como aturdido, como perdida la última esperanza.

La tarde, teñida de arreboles, le pareció un cuadro dantesco, el que se grabaría en su corazón y en su retina. Sintió que el sol, al

ocultarse esa tarde, en homenaje a él, al fiel extranjero, lanzaba bocanadas de fuego en protesta de la más sangrienta revolución, la que pudo haberse realizado en paz.

Partió Axel acompañado de Jacobo, con su cabeza plena de lúgubres ideas. Se dirigió a España, de ahí a Suiza, luego a Bélgica. Se instaló en Bruselas.

Hasta Bruselas lo siguió Elionora de Craufurd, la confidente de sus emociones en lo relacionado con María Antonieta, sin que advirtiera ese hombre, ¡caso extraño! que Elionora estaba enamorada de él, hasta que ella misma se lo confesó. Axel de Fersen era capaz de albergar en su alma un solo amor, un sentimiento absoluto hacia una mujer y quien se lo inspiró fué la reina de Francia. Acorde con ello declaró a su amiga que moriría soltero.

Elionora se indignó y en venganza le hacía leer lo más cruel de las noticias que se publicaban de Francia.

Fersen recibía "El Monitor" y fué así como supo la ejecución de Luis XVI, en forma afrentosa.

La plaza Luis XV, llamada hasta hoy —como por ironía— "de la Concordia", estaba al amanecer completa de gente, para presenciar "el grandioso espectáculo".

El rey, con voz entera, dijo al subir al cadalso:

"—Muero con la esperanza de que mi muerte beneficie al pueblo francés".

Cuando bajaron la cuchilla de la guillotina, el público reía, aplaudía, saltaba de gozo. El verdugo les mostraba la cabeza del soberano, con los ojos semiabiertos y se veía el cuerpo caer con el chaleco de piqué blanco, teñido de sangre. Fué puesto el cuerpo en un canasto y llevado al cementerio de la Magdalena, la cabeza entre las piernas y los pies descalzos. Las zapatillas de charol se habían perdido en el camino... Cavaron un hoyo, lanzaron dentro el cadáver y lo cubrieron con cal.

¡Qué cuadro más doloroso para Axel! Y todavía, en "El Monitor", encontró una alusión directa para él. "El extranjero huyó,

no hizo el menor sacrificio para salvar a sus amigos". Sintió oprimírsele el pecho. Y Sofía, también le reprochaba "viajar por placer, cuando pudo hacer algo". ¡Cuánta amargura!

¿Caería pronto la hermosa cabeza de María Antonieta?

Escribía carillas de carillas de papel, las que en seguida arrojaba al fuego. ¡Las murallas del Temple eran infranqueables!

A poco, siempre en 1793, terminaría la vida de la reina mártir e incomprendida.

Elionora esperó un momento propicio para dar la puñalada vengativa al coronel, quien vestido de uniforme se paseaba por su escritorio, meditando siempre en el mismo tema.

Irrumpió ella en la sala y agitando un periódico en sus manos gritó a su amigo:

—¿Sabes qué ocurrió en París?

Axel detuvo sus pasos y la miró aterrado, porque con la rapidez del pensamiento vió decapitada a la reina. Sin embargo, interrogó a Elionora con la mirada.

—Sí. Ella, ella ya no existe. ¡Estás libre!

Sangrante de dolor el conde se desplomó. Elionora le roció el rostro con agua perfumada y le oyó decir al volver en sí:

—¡María Antonieta! ¿Pensarías en mí en tu camino al cadalso? ¿O sólo recordarías a tu Dios, a tus hijos y a la muerte? —y continuó divagando...

* * *

El suplicio de la reina cubrió a Axel con un velo de sombría soledad, el que lo acompañaría hasta el final de su vida.

Cuenta Jacobo —su servidor— que desde aquel día pasaba su coronel largas horas enclaustrado en su cuarto. Y que cuando llegaban a Bruselas sus amigos franceses y deseaban contarle que María Antonieta, el día del sacrificio, había cruzado las calles de París de pie sobre la carreta que la conducía a la muerte, vestida

con ropas prestadas y con el semblante sereno, el que solamente puede lucir la inocencia, no lograban ver al atormentado conde.

La reina, enflaquecida, conservaba aún su belleza, realzada con el marco que daban a su rostro los cabellos nevados por el dolor. No profirieron ni una palabra sus labios, sólo al subir al patíbulo se hizo sobre la frente la señal de la santa cruz.

A menudo llamaban los amigos a la puerta de la elegante mansión que habitaba Fersen. Entonces Jacobo, el ordenanza, les respondía a todos monótonamente:

—No se puede ver a mi coronel. ¡Está jugando!

—¿Jugando? ¿A qué?

—A la guillotina... —decía el buen hombre en tono misterioso de voz.

Y, en verdad, no era un juego, materializaba Axel la idea fija que se había enseñoreado en su mente enferma.

Había mandado fabricar cientos de monitos de cera con las figuras de Luis XVI y de María Antonieta. Además un patíbulo en el cual los iba colocando para dejar caer la cuchilla exterminadora.

* * *

Al conocer el rey de Suecia el estado de salud de su amigo, lo mandó llamar. Le dió halagadoras distinciones. Lo nombró gran mariscal de la corte, caballero de sus órdenes, canciller de la Universidad de Upsal, etc. No lo consolaron estos honores. Su pensamiento seguía amarrado a la plaza de Luis XV.

En los salones, las jóvenes de su clase lo asediaban. ¿Por qué? Porque llegaba a su país envuelto en el prestigio de haber sabido amar. Y ese amor fué un idilio aureoleado de pureza. Axel era atractivo, culto, amable, pero inasible... El aire de tristeza no lo abandonaba, y ninguna mujer volvió a habitar en el santuario de esa noble alma. Moriría solo, solo, porque de su amor hizo un verdadero apostolado.

* * *

Corrieron diecisiete años, sin más atractivo para el joven mariscal que sus visitas a las extensas propiedades de Sofía, donde sostenía con ella interminables conversaciones sobre el pasado...

Hasta que, el día del entierro del duque de Augustenbourg, cuando Axel de Fersen se preparaba a vestirse de gala para asistir a los funerales, Jacobo Bauer, con la confianza que su amo le dispensaba, se aventuró a decirle que no fuese, que el pueblo estaba irritado en contra del señor conde y de su hermana Sofía de Piper, por "gustavistas", y los hacían responsables de la muerte del duque. No se creía que el heredero Augustenbourg había muerto de un ataque de apoplejía.

Se aproximó el buen hombre al oído de Axel para decirle:

—Hay que temer a la furia del pueblo, el que en algunos casos es sordo y ciego.

El amo expuso su inocencia a Jacobo y ello le bastó. El debía asistir en su calidad de gran mariscal.

—No vaya, mi coronel —rogó el ordenanza—. Si acaso insiste, no lo acompaño.

—¿Temes, Jacobo? En ese caso iré con otro cochero —dijo el amo.

Creyendo, todavía el servidor, hacer fuerza con su argumento, añadió:

—En las cantinas he oído palabras crudas en contra de Su Señoría.

Axel, sonriendo, sacó del bolsillo de su guerrera un papel impreso, arrancado por él mismo de un muro, en el que se leían los nombres del "sueco-francés" y el de la señora Piper, tildándolos de asesinos.

—¡No soy cobarde! ¡Iré! —exclamó en tono decidido.

Vestido de etiqueta, con su bastón de mariscal, subió a uno

de sus carruajes, al que hizo colocar algunos crespones en las ruedas. Jacobo subió al pescante, con el dolor asomado a su mirada y la convicción de que servía al mariscal, hijo, por última vez. El padre había muerto.

Axel tenía 55 años.

Durante el desfile de coches oficiales, se oyó un grito, salido de entre la multitud:

—¡Ahí va el asesino!

Fué como una orden de ataque, y llovieron sobre el indefenso conde, piedras, fierros, ladrillos. Fersen, dignamente, no se movía, afirmando ambas manos en el puño de oro de su bastón.

Dos oficiales corrieron en su auxilio y lo arrastraron, sin sentido, fuera del coche, desangrándose bárbaramente. Lo dejaron en una modesta vivienda. La dueña, mujer de corazón, lavó el rostro de Axel con agua clara.

Al recuperar el habla, sin verla a ella, porque los ojos se los habían vaciado, le preguntó en francés, acariciándole las manos:

—¿Cuál es vuestro nombre, señora?

A lo que ella respondió en el mismo idioma:

—Me llamo María Teresa.

—¡Ah, no! —dijo débilmente el conde de Fersen—. Yo estoy en París, en la plaza Luis XV, vos sois María Antonieta.

Y en el último soplo de vida, entre dos suspiros, repitió entrecortadamente:

—¡María Antonieta! ¡Ma-ría An-tonie-ta!